

Avergonzado y corrido estaba ya por mi viaje, pero en medio de todo no dejaba de sentir un secreto placer al ver la preferencia con que me distinguía la señora de Trenville.

Tan cobarde en el vicio como en la virtud, imaginé encubrir mi conducta disimulando, y proyecté engañar á mi muger, y ocultarle las visitas que hacia á la de Trenville, bajo el pretexto de algunas incidencias sobrevenidas en los encargos que estaban á mi cuidado. Laura, demasiado buena y cándida para tener sospechas ni celos, podia ser engañada hasta por un novicio en el arte de fingir, como le era yo. Hubert, que habia vuelto á adquirir insensiblemente, y aun en mayor grado, su antiguo ascendiente sobre mí, me servia de auxilio poderoso; en fin la belleza y las coqueterías de la señora de Trenville acabaron de cegarme.

En estas circunstancias llegó de nuestra provincia un muchacho que traía para Laura carta de recomendacion de una de sus amigas. Este jóven, pintor en miniatura, habia ido á Paris con objeto de perfeccionarse, y Laura que adoraba á su hijo, le propuso retratarle durmiendo. El pintor aplaudió la idea; pero le dijo que seria mejor retratarle dormido en los brazos de su madre. Laura me ocultó este proyecto con objeto de procurarme el placer de la sorpresa despues de acabado el retrato; y para que yo les dejase tiempo me proponia que saliese y me pasease.

Cuan lejos estaba de sospechar aquella amable criatura el verdadero motivo de mis salidas! Esclavo del vicio y de una ruinosa prodigalidad, faltaba á la fé que le debia en los brazos de la muger mas coqueta y mas indigna: dissipaba con bribones y gentes sin honor la hacienda con que debia sostener á nuestros hijos; y Hubert y sus asociados cubrian con las apariencias del cariño y de la generosidad los lazos, atados con los cuales me arrastraban al precipicio. La señora de Trenville me habia hecho creer que se habia sacrificado por mí; al principio decia que me pagaria mis pérdidas de juego, pero despues interesó mi honor para que la sacase de las desgracias en que se habia abismado, al decir de ella, por causa mia. Luego que perdí cuanto dinero tenia y lo que pude hallar prestado, debí retirarme sin completar mi ruina; pero no pudiendo soportar la idea de volver pobre y desgraciado á una casa en que habia dejado la felicidad y las conveniencias, solo escuché en este apuro á mi desesperacion; y empeñando los restos de mis bienes, seducido por la ilusion de recobrar lo perdido, se colmó la medida, y se desgarró el velo que me cegaba.

Cuando el horror de mi situacion me dió lugar para reflexionar sobre

de la Travielle; pero como esta no tenia ya interés para mí, no me acordaba su falsedad y se me presentó en toda la horribleza de sus ideas entacas crudos y severos cargos, pero ella los rechazaba con la impudencia mas audaz y de la mas refinada...

... y arrancé de su casa, preso por una especie de vértigo, y al salir á donde me encaminaba, me hallé á la puerta de la mia. Me acordé allí porque me parecia que la muerte me aguardaba en el umbral: retrocedí, volví á acercarme, y dos veces me esforcé para llamar, pero ambas en valde: mi corazón se helaba de horror; la noche era oscura y una terrible luz roja reinaba en torno mio: me dejé caer sobre el umbral de mi puerta deseando que algun asesino viniese á arrancarme el sentimiento que me oprimia. En fin, la idea de Laura y de mi hijo se presentó á mi mente, y derramando lágrimas de ternura de mis ojos, llamé á la puerta. Luego que entré, abrí suavemente la puerta de mi esposa, y la vi dormida en la cama, con una luz puesta á ella, y á su hijo reclinado en su seno, y rodeando su cuello con sus brazos. Laura se veia durmiendo, como si la ocupase un sueño profundo.

... al pensamiento de la mi-... Me acordé á dar de puñaladas á mi mujer, y á mi hijo, para matarme yo mismo despues: y ya tenia tirado el cuchillo contra el pecho de mi esposa, cuando, desasiéndose mi hijo de su madre, me cogió de un dedo. Esta dulce presión penetró hasta mi alma y me sentí enternecido inundado en lágrimas, pero sin fuerza para volver á mi casa, y desde una posada que tomé en un punto de la carretera me fui á mi mujer, en caracteres mal formados, la que me habia escrito á narrarme de mis desdichas y de mis penas, y me rogaba que me dejase de dejar el reino, y de no volver hasta que me hubiese reparado mis yerros, y reparado con mi industria la ruina de mi familia. Acababa recomendándola con mi hijo á la misericordia de Dios, y de la misericordia del cielo, á quien jamás habian ofendido.

... recibí mi carta, salí de Paris, y anduve muchas millas en el camino. Al salir el sol alcancé un coche en el camino de... me senté en un rincon sin hablar palabra á los viajeros. Aquel día y el siguiente caminé maquinalmente, y



Ya tenia el cuchillo levantado...

mi situacion, me quejé á la de Trenville; pero como esta no tenia ya interés en engañarme, me descubrió su falsedad y se me presentó en toda la horrible desnudez del vicio: hizela entonces crudos y severos cargos, pero ella los escuchó con la sangre fria de la impudencia mas audaz y de la mas refinada maldad.

Sali aturdido y errante de su casa, preso por una especie de vértigo, y, sin saber á donde me encaminaba, me hallé á la puerta de la mia. Me detuve allí porque me parecia que la muerte me aguardaba en el umbral: retrocedí, volví á acercarme, y dos veces me esforcé para llamar, pero ambas en valde: mi corazon se helaba de horror; la noche era oscura y una tranquilidad lúgubre reinaba en torno mio: me dejé caer sobre el umbral de mi puerta, deseando que algun asesino viniese á arrancarme el sentimiento con la vida. En fin, la idea de Laura y de mi hijo se presentó á mi espíritu enagenado, y derramando lágrimas de ternura de mis ojos inflamados, me levanté y llamé á la puerta. Luego que entré, abrí suavemente la alcoba de mi esposa, y la ví dormida en la cama, con una luz junto á ella, y á su hijo reclinado en su seno, y rodeando su cuello con sus bracitos. Laura se sonreia durmiendo, como si la ocupase un sueño lisonjero.

A este espectáculo se me turba de nuevo la cabeza; al pensamiento de la miseria que aguardaba á esta infeliz al despertar, siento nacer en mí una idea horrible. Tendré valor para decirlo?.... Me resolví á dar de puñaladas á mi muger y á su hijo, para matarme yo mismo despues: y ya tenia alzado el cuchillo contra el pecho de mi esposa, cuando, desasiéndose mi hijo de su madre, me cogió de un dedo. Esta dulce presion penetró hasta mi alma y me sentí enternecido: inundado en lágrimas, pero sin fuerza para confesar mi infortunio, sali de mi casa; y desde una posada que tomé en otro barrio de la ciudad escribí á mi muger, en caracteres mal formados, los pocos renglones que bastaban á instruirla de mis desdichas y de mis locuras: le decia mi resolucion de dejar el reino, y de no volver hasta que mi arrepentimiento hubiese espiado mis yerros, y reparado con mi industria la ruina en que la habia envuelto. Acababa recomendándola con mi hijo á la bondad de mi madre y á la proteccion del cielo, á quien jamás habian ofendido.

Despues de haberle remitido mi carta, sali de París, y anduve muchas millas antes que viniese el dia. Al salir el sol alcancé un coche en el camino de Bayona; entré en él sin designio fijo, y me senté en un rincon sin hablar palabra á los compañeros. Aquel dia y el siguiente caminé maquinalmente, y

sin tomar alimento ni reposo, pero al anoecer del segundo dia, estando ya en territorio español sentí que mis fuerzas se debilitaban. Inmediatamente que llegué á la posada me dió un desmayo; y, segun creo, me llevaron á la cama, donde estuve mas de una semana aletargado en el sueño de una violenta calentura.

Un caritativo monge de San Isidoro del Campo, del monasterio que tan buenos recuerdos me habia dejado, se hallaba por casualidad en la posada y me asistió y socorrió cuidadosamente. Cuando entré en la convalescencia procuró el buen anciano derramar en mi alma el consuelo de la piedad. Un dia que me hallaba sentado junto á la ventana de mi cuarto, veo pararse á la puerta de la posada el mismo carruaje en que yo habia venido, y apearse de él el pintor nuestro recomendado. Como yo estaba aun muy débil para sostener esta vista, caí sin sentido; este acontecimiento atrajo á mi cuarto muchos curiosos, entre ellos al pintor. Vuelto en mí, tuve bastante presencia de espíritu para quedarme solo con él; tardé un rato en tranquilizarme; veía el espanto grabado en su fisonomía y no podia resolverse á responderme; pero vencido al fin por la vivacidad de mis instancias, me informó de la deplorable cadena de mis desgracias.

Mi carta habia sido para Laura un golpe mortal: muy débil para soportar los horrores de su situacion, le acometió una calentura ardiente, seguida de un delirio que le quitó la vida: su desgraciado hijo mamó el gérmen de la muerte en la leche emponzoñada de su madre, y le sobrevivió pocos dias. En un intervalo de razon que precedió á su último instante, hizo Laura que se acercase á su cama el pintor, le entregó el retrato que este habia trazado, y le encargó con labio moribundo, que me siguiese, me buscase, y me entregase aquel depósito, su último recuerdo, y con su último recuerdo su perdon.

No sé como sobreviví á esta narracion y á la vista de este retrato que regaba con mis abundantes y amargas lágrimas. Sin duda debo la vida al estado de flaqueza á que la enfermedad me habia reducido: mi alma abatida no era ya capaz de desesperacion, porqué el largo decaimiento la hacia insensible al último esceso del infortunio. El santo varon que me habia arrancado de los brazos de la muerte, me condujo á este monasterio, de donde solo he salido una vez, una vez sola para ir á llorar sobre el sepulcro de Laura y de mi hijo.

Como aquí nadie sabe mi historia, se admiran de mi austeridad, pero ay! esto solo no bastaria á espiar mis pecados; hay otros medios, ademas del arrepentimiento, para desarmar la ira del cielo; y yo espero alcanzar el

perdon de mis delitos, haciendo obras de caridad y de beneficencia. Dios sea bendito! Tengo ya el consuelo que imploraba de su bondad; un rayo de su misericordia ha derramado su luz celestial sobre mis cansados dias; duermo sobre las tablas de esta tarima, y el sueño me envia ya ilusiones consoladoras; anoche mi Laura me hablaba sonriéndose, y mi tierno hijo, en los brazos de mi esposa, me alargaba tambien los suyos.

Aquí cesó de hablar el buen religioso, y mirando alternativamente al cielo y al retrato, sus pálidas mejillas se inflamaron; yo quedé enternecido y al mismo tiempo penetrado de terror.....

Entonces llamó la campana á vísperas, el monge me cogió la mano y me la estrechó; besé la suya y la regué con mis lágrima.

—Hijo mio, me dijo, mis desgracias han hecho en vuestra alma una impresion profunda. Si el mundo os seduce, si los atractivos del vicio os encadenan, pensad en el padre Casimiro. Amad la virtud, hijo mio, amadla y sereis feliz!....

Tal es el manuscrito que me remitió mi compañero de viaje.

La historia del monge de San Isidoro del Campo induce á la meditacion. Puede que sea provechosa su lectura á algun alma extraviada y presa de la voracidad de las pasiones, y en este caso, feliz, feliz la pluma que haya conseguido tan bello y tan alhagador triunfo!

FIN DEL TOMO PRIMERO.